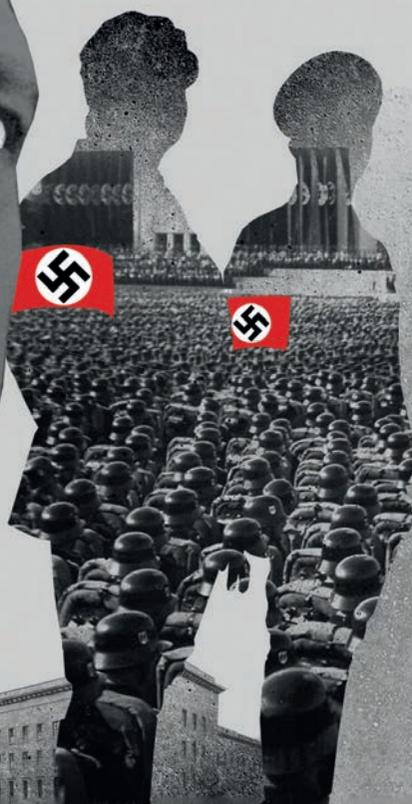


Richard J. Evans
El Tercer Reich
en el poder



Richard J. Evans
El Tercer Reich
en el poder

TRADUCCIÓN DE ISABEL OBIOLS PENELAS

ediciones península

Título original: *The Third Reich in Power*

© Richard J. Evans, 2005
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2007
Primera edición revisada: octubre de 2012
Primera edición en este formato: febrero de 2017

© de la traducción del inglés: Isabel Obiols Penelas, 2007

Mapas al cuidado de Andras Berezney

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Book Print Digital- impresión
Depósito legal: B. 981 - 2017
ISBN: 978-84-9942-569-6

© de las fotografías: ARG, Londres: fotos 3, 4, 91 14, 35, 37; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz: 13, 26, 34, 40, 41; Bundesarchiv, Coblenza: 8, 15, 18, 23, 32; Corbis: 2, 5, 7, 17, 19, 21, 36, 38, 39; Kunstverlag Peda: 10; Arno Breker por Marco VG (Museum Arno Breker, Bonn): 11; Staatsarchiv, Munich: 28; The Weiner Library, Londres: 16.

Se ha intentado localizar a todos los propietarios de los derechos de las imágenes, pero no siempre ha sido posible. En caso de recibir notificación, los editores rectificarán toda omisión en cuanto sea posible.

CONTENIDO

Prefacio, 11

Prólogo, 15

1. EL ESTADO POLICIAL, 31

La Noche de los Cuchillos Largos, 33. Represión y resistencia, 53.
«Enemigos del pueblo», 76. Instrumentos del terror, 89.

2. LA MOVILIZACIÓN DEL ESPÍRITU, 125

Ilustrar a la población, 127. Escribir por Alemania, 147.
Problemas de perspectiva, 169. De la discordia a la armonía, 191.

3. CONVIRTIENDO ALMAS, 221

Cuestión de fe, 223. Católicos y paganos, 236.
El triunfo entre los jóvenes, 262. «La lucha contra el intelecto», 291.

4. PROSPERIDAD Y PILLAJE, 321

«La batalla por el trabajo», 323. Negocios, política y guerra, 351.
La arianización de la economía, 377. El reparto del botín, 390.

5. LA CONSTRUCCIÓN DE LA COMUNIDAD DEL PUEBLO, 409

Sangre y suelo, 411. El destino de las clases medias, 431.
La domesticación del proletariado, 450.
Promesas sociales y realidad, 471.

6. HACIA UNA UTOPIA RACIAL, 497

En el espíritu de la ciencia, 499. Las Leyes de Nuremberg, 528.
«Los judíos tienen que marchar de Europa», 546.
La Noche de los Cristales Rotos, 568.

7. CAMINO DE LA GUERRA, 597

De la debilidad a la fuerza, 599. La creación de la Gran Alemania, 623.
La violación de Checoslovaquia, 648. Hacia el Este, 671.

Notas, 693

Bibliografía, 797

Lista de ilustraciones, 869

Lista de mapas, 871

Índice onomástico, 875

LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS LARGOS

I

El 6 de julio de 1933 Hitler reunió a los dirigentes nazis para hacer balance de la situación. La revolución nacionalsocialista había triunfado, les dijo; el poder estaba en sus manos, y sólo en sus manos. Era hora, continuó, de estabilizar el régimen. Era necesario dejar de hablar, como hacían los miembros más antiguos del ala paramilitar del partido, los camisas negras o División de Asalto (Sturmabteilung o SA), de una «segunda revolución» que siguiera a la «conquista del poder»:

La revolución no es una condición permanente. No debe convertirse en una situación prolongada. Se ha destapado el flujo revolucionario, pero debemos canalizarlo por el cauce más seguro de la evolución [...]. El grito de combate de la segunda revolución estaba justificado mientras existían en Alemania posiciones que podían cristalizar en una contrarrevolución. Ya no es el caso. No debemos dejar lugar a dudas sobre el hecho de que, si es necesario, ahogaremos con sangre cualquier tentativa. Porque una segunda revolución sólo puede dirigirse contra la primera.¹

En las semanas siguientes, otros líderes nazis hicieron afirmaciones similares, si bien menos abiertamente amenazadoras. Los Ministerios de Justicia e Interior del Reich ejercieron una presión creciente contra la violencia gratuita, y el Ministerio de Economía manifestó su preocupación porque los desórdenes dieran sensación de inestabilidad a la comunidad financiera internacional y desalentaran las inversiones y la recuperación. El Ministerio del Interior protestó por las detenciones de funcionarios, el de Justicia, por las de abogados. La violencia de los camisas pardas continuó por todo el país, especialmente en la Semana Sangrienta de Köpenick de junio de 1933, cuando un grupo radical de miembros de la División de Asalto se encontraron con la resistencia de un joven socialdemócrata en un suburbio de Berlín. Después de que el socialdemócrata matara a tiros a tres camisas pardas, éstos se movilizaron en masa, detuvieron a más de 500 hom-

bres y los torturaron con tanta brutalidad que mataron a 91. Entre ellos había un buen número de políticos socialdemócratas conocidos, como el anterior ministro-presidente de Mecklenburgo, Johannes Stelling.² Era evidente que había que revisar este tipo de acciones violentas: ya no era necesario combatir a los opositores de los nazis para someterlos a un Estado de partido único. Más aún, Hitler empezaba a estar preocupado por el poder que los desmanes de unas SA siempre en expansión daban a su líder, Ernst Röhm, quien el 30 de mayo de 1933 había afirmado que la obligación de culminar la revolución nacionalsocialista «todavía» estaba «pendiente». «No importan las declaraciones de lealtad que llegan cada día por parte de clubes de apicultores o de boliches *coordinados*—añadió Röhm—ni el hecho de que las calles de las ciudades actualicen el nomenclátor». Otros podían celebrar la victoria nazi, pero los soldados políticos que habían luchado por ella, dijo, tenían que tomar las riendas y no dejarlas.³

El 2 de agosto de 1933, Hermann Göring, preocupado por estas declaraciones y en funciones de ministro-presidente de Prusia, rescindió una orden del anterior mes de febrero por la que se había enrolado a los camisas pardas como oficiales de la policía prusiana. Le siguieron los ministerios de otros estados federados. Las fuerzas policiales oficiales obtuvieron más margen de maniobra para frenar los excesos de la División de Asalto. El Ministerio de Justicia de Prusia estableció una oficina pública para perseguir los asesinatos y otros crímenes en los campos de concentración, aunque también ordenó paralizar la persecución de los hombres de las SA y las SS por delitos violentos y perdonar a aquellos que ya habían sido condenados. Se reguló de manera estricta quién tenía potestad para mantener personas bajo custodia y qué procedimiento se debía seguir para hacerlo. Las regulaciones aprobadas en abril de 1934 nos proporcionan una indicación de cuáles habían sido las prácticas habituales hasta ese momento: no se podía detener a nadie por razones como calumniar, ni por haber despedido a trabajadores, ni por haber ejercido de abogado de personas ya encarceladas, ni por haber llevado a cabo acciones legales objetables. Privadas de su razón de ser inicial como fuerza de choque callejera y alborotadores del movimiento nazi, y apartadas de su posición al mando de muchos pequeños campos de concentración y centros de tortura improvisados, las SA se encontraron sin cometido de un día para otro.⁴

Nadie les ofrecía una competencia seria en las elecciones, de manera que la División de Asalto se vio privada de la oportunidad que la gran actividad electoral de principios de los años treinta les había ofrecido de desfilarse por las calles y reventar los mítines de sus rivales. Empezaron a desilusionarse. En la primavera de 1933 las SA habían crecido mucho gracias a

una avalancha de simpatizantes y de oportunistas. En marzo de 1933, Röhm había anunciado que todos los alemanes «patriotas» debían alistarse. Cuando en mayo de 1933 la cúpula del Partido Nazi decidió frenar la captación de nuevos miembros por temor al exceso de oportunistas y a que su movimiento se viera diluido por la presencia de hombres sin un compromiso real con su causa, mucha gente vio el ingreso en los camisas pardas como una alternativa, debilitando de este modo los vínculos entre el partido y su brazo paramilitar. La incorporación de una gran organización de veteranos como los Cascos de Acero a los camisas pardas en la segunda mitad de 1933 reforzó todavía más los efectivos de las SA. A principios de 1934 el número de camisas pardas se había multiplicado por seis con respecto a principios del año anterior. La fuerza de la División de Asalto era de casi tres millones de hombres; si contamos los Cascos de Acero y otros grupos paramilitares, la cifra llegaba a 4,5 millones. Estas dimensiones dejaban muy atrás el tamaño de las Fuerzas Armadas alemanas, cuyo número estaba restringido a 100.000 hombres por el Tratado de Versalles. Aun a pesar de las limitaciones impuestas por el Tratado, el Ejército era de lejos una fuerza mucho mejor equipada y entrenada. El ominoso fantasma de la guerra civil que se había podido vislumbrar a principios de 1933 empezaba a asomar la cabeza otra vez.⁵

El descontento de los camisas pardas no se limitaba a envidiar al Ejército y a impacientarse con la estabilización de la escena política después de julio de 1933. Muchos miembros de la «vieja guardia» se sentían resentidos con los recién llegados que se habían apuntado al caballo ganador nazi a comienzos de 1933. La tensión era especialmente notable con los Cascos de Acero que se habían sumado a la organización. En los primeros meses de 1934, la situación derivó en un número creciente de enfrentamientos y refriegas. En Pomerania, la policía ilegalizó las unidades de antiguos Cascos de Acero (organizados ahora bajo el nombre de Liga de Combatientes del Frente Alemán Nacionalista) después del asesinato de un líder de las SA por parte de un antiguo Casco de Acero.⁶ Pero el resentimiento de los viejos camisas pardas también se podía notar a mayor escala. Muchos esperaban grandes recompensas por haber eliminado a los rivales del Partido Nazi y se sentían decepcionados porque los políticos y los socios conservadores de los nazis se llevaban la mejor parte. Un activista de los camisas pardas nacido en 1897 escribió en 1934:

Después de la toma del poder, las cosas cambiaron dramáticamente. La gente que hasta el momento me había menospreciado empezó a colmarme de elogios. Mi familia y todos mis parientes me consideraban el número uno después de años de

amargas enemistades. Mi División de Asalto creció a pasos agigantados de modo que (de los 250 que éramos en enero) el 1 de octubre de 1933 tenía 2.200 miembros, por lo que fui promocionado en Navidad. De todas formas, cuanto más me alababan los filisteos, más empecé a sospechar que esos canallas estaban convencidos de que me tenían en el bolsillo [...]. Después de la incorporación de los Cascos de Acero, cuando las cosas se calmaron, me volví contra la pandilla de reaccionarios que, a hurtadillas, intentaba hacerme parecer ridículo a ojos de mis superiores. El mando de las SA y las autoridades públicas recibieron denuncias de todo tipo contra mí [...]. Finalmente, conseguí que me volvieran a ascender, esta vez a responsable local [...] de manera que pude romperles el cuello a los filisteos y a los reaccionarios que quedaban de los viejos tiempos.⁷

Los sentimientos de este tenor eran todavía más fuertes entre los veteranos que, a diferencia de este hombre, no habían conseguido situarse en posiciones de poder.

Como los camisas pardas más jóvenes se encontraron sin poder canalizar por la vía política sus instintos violentos, empezaron a verse implicados cada vez más en alborotos y peleas por toda Alemania, a menudo sin un motivo político evidente. Las bandas de camisas pardas se emborrachaban, causaban disturbios de madrugada, pegaban a transeúntes inocentes, y atacaban a la policía si ésta trataba de cortarles el paso. Las cosas se pusieron aún peor cuando Röhm intentó sacar a los camisas pardas de la jurisdicción de la policía y de la justicia en diciembre de 1933, cuando se les comunicó que la misma organización se haría cargo de los asuntos disciplinarios. Aunque todavía se les continuara persiguiendo, esto constituía una licencia para la inacción. Röhm encontró más dificultades en el establecimiento a partir de mayo de 1934 de una jurisdicción independiente que debía enfrentarse retroactivamente con más de 4.000 casos por delitos diversos en los que estaban implicados hombres de las SA y las SS, la mayoría cometidos en los primeros meses de 1933. Se habían anulado muchos otros casos, y un número todavía superior de delitos no habían sido perseguidos, pero aun así, 4.000 casos era un número considerable. Además, el Ejército tenía sus propios tribunales militares; así, instaurando un sistema paralelo dentro de las SA, Röhm obtendría un estatus de igualdad con éste para su organización. El mes de julio anterior, había anunciado privadamente que los líderes de las SA con jurisdicción en un caso de asesinato de un miembro de la formación podían condenar a muerte hasta doce miembros de «la organización enemiga culpable del asesinato», lo que indicaba la ferocidad del sistema de justicia que pretendía crear.⁸ Era obvio que se tenían que encontrar los medios de canalizar de forma útil toda esta ener-

gía desbordada. Pero la cúpula de las SA empeoró la situación al intentar dirigir las actividades violentas de la organización hacia lo que un líder del Este, Edmund Heines, describió en público como «la continuación de la revolución alemana».⁹ En calidad de jefe de las SA, Ernst Röhm habló en numerosas concentraciones y manifestaciones en los primeros meses de 1934, poniendo un énfasis similar en la naturaleza revolucionaria del nazismo y lanzando ataques abiertos contra los líderes del partido, y particularmente contra los oficiales veteranos del Ejército alemán, a quienes los camisas pardas culpaban de su ilegalización temporal en 1932 por orden del antiguo canciller del Reich Heinrich Brüning. Röhm provocó una alarma considerable entre la jerarquía del Ejército cuando declaró que quería que los camisas pardas fueran la base de una milicia nacional que pasara por encima del Ejército y, finalmente, lo reemplazara. Hitler intentó quitárselo de encima nombrándolo ministro sin cartera en diciembre de 1933 pero, dada la inutilidad del gabinete en esos momentos, el gesto tuvo escasa relevancia a efectos prácticos, y no calmó la auténtica ambición de Röhm, que era llegar al Ministerio de Defensa, ocupado por un miembro del Ejército, el general Werner von Blomberg.¹⁰

Privado de poder real, Röhm empezó a construir el culto de su propio liderazgo dentro de las SA y continuó predicando la necesidad de proseguir la revolución.¹¹ En enero de 1934, los camisas pardas dieron un ejemplo palpable de su radicalismo al irrumpir en el Hotel Kaiserhof de Berlín y reventar la celebración del aniversario del ex káiser convocada por oficiales del Ejército.¹² Al día siguiente, Röhm envió un memorando a Blomberg. Quizá exagerando su significado sólo para impresionar, Blomberg manifestó que Röhm exigía la sustitución del Ejército por las SA como fuerza principal de ataque del país y que los militares se limitaran a entrenar a los camisas pardas para asumir este papel.¹³ Para la cúpula del Ejército, los camisas pardas eran ahora una amenaza cada vez más seria. Desde el verano de 1933, Blomberg había conducido al Ejército desde su posición de neutralidad a un apoyo cada vez más abierto al régimen. Hitler había conseguido seducir a Blomberg y sus aliados con la promesa de expandir la fuerza militar alemana a partir de la reanudación del reclutamiento. Hitler les había convencido de que llevaría a cabo una política exterior agresiva que culminaría con la recuperación de los territorios perdidos por el Tratado de Versalles y el inicio de una guerra de conquista hacia el Este. Por su parte, Blomberg respondió con una demostración ostensible de su lealtad al Tercer Reich al adoptar el «Parágrafo Ario», que prohibía a los judíos servir en el Ejército, y al incorporar la esvástica a la insignia del Ejército. Aunque se trataba de gestos simbólicos—el presidente Hindenburg, por ejem-

plo, había insistido en que los veteranos de guerra judíos no fueran licenciados, y sólo se degradó a unos setenta soldados—eran concesiones importantes a la ideología nazi que indican lo mucho que se había conformado el Ejército con el nuevo orden político.¹⁴

De todas formas, el Ejército no era ni mucho menos una institución nazificada. Su relativa independencia se apuntalaba en el interés que el presidente del Reich, Paul von Hindenburg, oficialmente su comandante en jefe, se tomaba por su suerte. De hecho, Hindenburg había rechazado designar al pronazi Walther von Reichenau, el favorito de Hitler y Blomberg, para sustituir como comandante en jefe del Ejército al conservador antinazi Kurt von Hammerstein cuando éste se retiró. En cambio, forzó la designación del general Werner von Fritsch, un oficial popular muy conservador, protestante estricto y apasionado de la equitación. Soltero, trabajador infatigable y marcial en todos los aspectos, Fritsch compartía el desprecio arrogante de los oficiales prusianos hacia la vulgaridad de los nazis. El jefe de la Oficina del Ejército, el general Ludwig Beck, designado a finales de 1933, respaldó la influencia conservadora de Fritsch. Beck era un viudo cauteloso, tímido y recogido cuya principal afición también era montar a caballo. Con hombres como Fritsch y Beck en dos de los puestos principales del Ejército no cabía la posibilidad de que éste cediera a la presión de las SA. En una reunión con Hitler y los líderes de las SA y las SS, el 28 de febrero de 1934, Blomberg forzó a Röhm para que firmara un compromiso por el que renunciaba a intentar sustituir el Ejército por una milicia de camisas pardas. La fuerza militar alemana del futuro, afirmó enfáticamente Hitler, sería un Ejército profesional y bien equipado en el cual los camisas pardas sólo podrían servir como fuerza auxiliar. Después de que los oficiales del Ejército dejaran la recepción posterior al compromiso, Röhm dijo a sus hombres que no obedecería a «cabos tan ridículos» y amenazó con «mandar de permiso» a Hitler. Tamaña insubordinación no pasó desapercibida. En efecto, consciente de su actitud, Hitler ya lo había puesto bajo vigilancia policial.¹⁵

La competencia con las SA llevó a Blomberg y a la jefatura del Ejército a intentar ganarse el favor de Hitler de muy variadas maneras. El Ejército veía a las SA como una fuente de potenciales reclutas, pero le preocupaba que éstos se convirtieran en infiltrados políticos y era consciente de que la cúpula de las SA estaba formada por antiguos militares que habían sido expulsados deshonrosamente. De manera que prefirió reanudar el reclutamiento, impulsado por un plan diseñado por Beck en diciembre de 1933. Hitler lo había prometido a la cúpula del Ejército en febrero. En efecto, Hitler había dicho al ministro británico Anthony Eden que era un error permitir

la existencia de un «segundo Ejército» y que pretendía poner a las SA bajo control y desmilitarizarlas para tranquilizar a la opinión mundial.¹⁶ A pesar de ello, se empezaron a multiplicar las noticias que concernían a comandantes locales y regionales de las SA que profetizaban la creación de un «Estado de las SA» y una «Noche de Cuchillos Largos». Max Heydebreck, un líder de las SA de Rummelsburg, afirmó: «Algunos de los oficiales del Ejército son unos canallas. La mayoría son tan viejos que tienen que ser reemplazados por jóvenes. Esperaremos hasta que Papá Hindenburg se muera, y entonces las SA se levantarán contra el Ejército. ¿Qué pueden hacer 100.000 soldados para frenar una fuerza muy superior en hombres de las SA?». ¹⁷ Los hombres de las SA empezaron a retener los suministros del Ejército y a confiscar armas y provisiones. Pero en conjunto, estos incidentes tenían un alcance local, eran esporádicos y no estaban coordinados. Röhm no ideó ningún plan global. Contrariamente a las aseveraciones posteriores de Hitler, no albergaba intenciones inmediatas de organizar un *putsch*. En efecto, a principios de junio Röhm anunció que el médico le había ordenado tomar unas curas en Bad Wiessee, cerca de Munich, y concedió permiso a las SA durante todo el mes de julio.¹⁸

II

La retórica racista y los disturbios constantes no sólo preocupaban a la cúpula del Ejército, sino también a los conservadores del gobierno de Hitler. Hasta la promulgación de la Ley de habilitación, el gabinete se seguía reuniendo con regularidad para aprobar proyectos de ley que se expedían al presidente. Pero a partir de finales de marzo la Cancillería del Reich y los diversos ministerios empezaron a actuar con creciente independencia. A Hitler no le gustaban las largas y a veces críticas discusiones que implicaban las reuniones del gabinete. Prefería que los decretos llegaran tan desarrollados como fuera posible al Consejo de Ministros. Así, cada vez con más frecuencia, el gabinete sólo se reunía para sancionar leyes decididas con anterioridad. Hasta las vacaciones de verano de 1933, todavía se reunía cuatro o cinco veces al mes, e incluso en septiembre y octubre de ese año también se celebraron reuniones con relativa frecuencia. A partir de noviembre, sin embargo, se produjo un cambio notable. Ese mes el gabinete sólo se reunió en una ocasión, tres veces en diciembre, una en enero de 1934, dos en febrero y dos más en marzo. En abril no se llegó a reunir, sólo se convocó en una ocasión en mayo y en junio no hubo ninguna sesión. A esas alturas, ya hacía tiempo que había dejado de estar dominado numéricamente por los

conservadores, ya que el jefe de propaganda nazi, Joseph Goebbels, se había incorporado al gabinete como ministro de Propaganda en marzo de 1933. El 1 de diciembre se sumaron Rudolf Hess y Ernst Röhm, y el 1 de mayo de 1934, otro nazi, el ministro de Educación Bernhard Rust. El 29 de junio de 1933 el nacionalista Alfred Hugenberg dimitió y fue sustituido como ministro de Agricultura por el nazi Walther Darré. En el gabinete designado por Hindenburg el 30 de enero de 1933 sólo había tres nazis: Hitler mismo, Wilhelm Frick, ministro del Interior, y Hermann Göring como ministro sin cartera. En cambio, en mayo de 1934, de los diecisiete ministros, una clara mayoría—nueve—eran miembros veteranos del Partido Nazi. Era evidente, incluso para un hombre tan propenso a engañarse a sí mismo y a la ceguera política como el vicescanciller conservador Franz von Papen, que las expectativas que albergaban tanto él como sus colegas conservadores cuando entraron en el gabinete el 30 de enero de 1933 habían sido frustradas por completo. No eran ellos los que estaban manipulando a los nazis, sino que los nazis los estaban manipulando, intimidando y forzando a ellos.¹⁹

A pesar de ello, Papen no aparcó su sueño, articulado abiertamente durante su periodo como canciller en 1932, de llevar adelante una restauración conservadora con el apoyo masivo del Partido Nazi. En el verano de 1933, el autor de sus discursos, Edgar Jung, seguía apostando por una «revolución alemana» que implicara la «despolitización de las masas» y su «exclusión del poder». El populismo rampante de las SA era un obstáculo serio para el régimen antidemocrático y elitista que deseaba Papen. Alrededor del vicescanciller se reunió un grupo de jóvenes conservadores que compartían sus puntos de vista. Mientras tanto, la vicescancillería empezó a recibir un número creciente de protestas de personas de todas las condiciones por la violencia y el comportamiento arbitrario de los nazis, dando a Papen y su equipo un punto de vista cada vez más negativo de los efectos de la «revolución nacional» que hasta el momento habían respaldado, y convirtiendo rápidamente el grupo en un foco de descontento.²⁰ En mayo de 1934 Goebbels se quejaba en su diario de Papen, de quien se rumoreaba que tenía el ojo puesto en la presidencia tras la muerte del anciano Hindenburg. Los demás miembros conservadores del gabinete tampoco escaparon al desdén del jefe de propaganda nazi («hay que hacer limpieza tan pronto como sea posible», escribió).²¹ Existía una clara posibilidad de que el grupo de Papen, que ya estaba bajo vigilancia policial, hiciera causa común con el Ejército. En efecto, el secretario de prensa de Papen, Herbert von Bose, estaba empezando a establecer contactos con los generales críticos y los oficiales preocupados por las actividades de las SA. En abril de 1934 se supo que Hindenburg, encargado de amortiguar las tensiones entre

el Ejército y los conservadores de un lado y la cúpula nazi del otro, estaba seriamente enfermo. Pronto fue evidente que ya no se recuperaría. A principios de junio se retiró en su propiedad rural de Neudeck, en la Prusia oriental, para esperar la muerte. Su fallecimiento provocaría un momento de crisis para el que el régimen tenía que estar preparado.²²

El momento era tanto más crítico para el régimen porque, como mucha gente sabía, un año después de la «revolución nacional» de 1933 el entusiasmo desatado había caído de forma notable. Los camisas pardas no eran los únicos que se sentían decepcionados con los resultados. Los agentes socialdemócratas informaron a la cúpula del partido exiliada en Praga de que la población estaba apática, protestaba constantemente y contaba incontables chistes sobre los líderes nazis. Los mítines nazis tenían poco público. Hitler seguía siendo admirado, pero la gente empezaba a dirigir críticas sobre su persona. Los nazis no habían cumplido muchas de sus promesas, y el temor a una nueva ola inflacionaria y a una guerra inminente habían creado el pánico; el pueblo acaparaba provisiones en algunos puntos del país. Las clases ilustradas temían que el desorden causado por los camisas pardas se desbordara y trajera el caos o, peor aún, el bolchevismo.²³ La cúpula nazi era consciente de que el murmullo del descontento se podía dejar oír por debajo de la aparentemente tranquila vida política. En una entrevista del periodista estadounidense Louis P. Lochner, Hitler se desvió del tema para insistir en la lealtad incondicional que exigía a sus subordinados.²⁴

Las cosas estaban llegando a un punto crítico. El ministro-presidente de Prusia, Hermann Göring, antiguo miembro de las SA, estaba tan preocupado por el cariz que estaban tomando los acontecimientos que el 20 de abril de 1934 autorizó la entrega del control de la policía política prusiana a Heinrich Himmler, permitiendo así al joven líder de las SS, que ya controlaba la policía política en el resto de Alemania, centralizar el aparato policial en sus manos. Las SA, de las cuales en esos momentos las SS todavía formaban parte sobre el papel, constituían un obstáculo evidente para la consecución de las ambiciones de Himmler.²⁵ Durante un crucero de cuatro días en el barco de la armada Deutschland por aguas de Noruega a mediados de abril, Hitler, Blomberg y la cúpula militar parecieron llegar a un acuerdo para refrenar a las SA.²⁶ Pasó el mes de mayo y la primera mitad de junio sin que Hitler hiciera nada. No era la primera vez que Goebbels se sentía frustrado por la aparente indecisión de su jefe. A finales de junio escribió: «La situación es cada vez más grave. El Führer debe actuar. Si no, la reacción será excesiva para nosotros».²⁷

Finalmente, Hitler se vio forzado a actuar cuando Papen advirtió de una «segunda revolución» y criticó el culto a la personalidad que le rodeaba en

un discurso en la Universidad de Marburg el 17 de junio de 1934. Era hora de parar el levantamiento permanente de la revolución nazi, afirmó. El discurso, escrito por el consejero de Papen Edgar Jung, añadía un fuerte ataque contra «el egoísmo, la falta de carácter, la deshonestidad, la falta de caballerosidad y la arrogancia» que se encontraba en el corazón de la llamada «revolución alemana». Los asistentes al discurso aplaudieron estruendosamente sus palabras. Al cabo de poco, en el transcurso de una elegante carrera de caballos en Hamburgo, el público celebró la presencia de Papen al grito de «¡Heil, Marburg!» [¡Salve Marburg!].²⁸ De regreso de una reunión frustrante con Mussolini en Venecia, Hitler desahogó su rencor por las actividades de Papen incluso antes de tener noticia del discurso de su vicescanciller en Marburg. En palabras dirigidas a los leales de su partido en Gera, Hitler atacó a los «pequeños pigmeos» que intentaban poner freno al triunfo de la idea nazi. «Es ridículo que un gusano tan insignificante intente enfrentarse al caudal imparable de renovación del pueblo. Es ridículo que un pigmeo tan enano se crea capaz de obstruir la renovación gigantesca del pueblo con unas cuantas frases vacías de contenido». El puño cerrado del pueblo, amenazó, «aplastará a cualquiera que se atreva a intentar el más pequeño sabotaje».²⁹ Pero las protestas del vicescanciller a Hitler y sus amenazas de dimisión se encontraron con la promesa de frenar la deriva de las SA hacia una «segunda revolución» y la sugerencia, que Papen aceptó de buena gana, de que la situación se discutiría en conjunto en el momento debido con el presidente enfermo.³⁰ No era la primera vez que Hitler tranquilizaba con promesas poco sinceras a Papen, que se confundía acerca de la influencia de Hindenburg, y le daba una equivocada sensación de seguridad.

Hitler partió corriendo a despachar con Hindenburg. Cuando llegó a Neudeck, el 21 de junio, Blomberg, que había estado hablando del discurso de Papen con el presidente, se le encaró. El jefe del Ejército dejó claro que si los camisas pardas no se ponían bajo control, Hindenburg declarararía la ley marcial de inmediato y pondría al gobierno en manos del Ejército.³¹ Hitler no tenía más opción que actuar. Empezó a planear la defenestración de Röhm. La policía política, en colaboración con Himmler y su lugarteniente Reinhard Heydrich, jefe del servicio de seguridad de las SS, empezaron a fabricar pruebas para demostrar que Röhm y sus camisas pardas estaban preparando un alzamiento de alcance nacional. El 24 de junio se presentaron las «pruebas» a los oficiales de las SS y se les dieron instrucciones de cómo había que enfrentarse al supuesto *putsch*. Se elaboraron listas de personas «poco fiables políticamente» y se avisó a los jefes locales de que serían llamados para ejecutarlos, especialmente a los más recalcitrantes, y ese día llegó el 30 de junio. El Ejército puso sus recursos a disposición

de las SS por si se desataba un conflicto grave.³² Ay de aquellos que pensarán traicionar su lealtad al Führer y llevaran a cabo acciones revolucionarias, advirtió Rudolf Hess por radio el 25 de junio.³³

El 27 de junio Hitler se reunió con Blomberg y Reichenau para asegurar la colaboración del Ejército; la respuesta de éstos fue expulsar a Röhm al día siguiente de la Liga Alemana de Oficiales y declarar la situación de alerta máxima en el Ejército. El 29 de junio Blomberg publicó un artículo en el periódico insignia nazi, el *Völkischer Beobachter*, en el que proclamaba la lealtad absoluta del Ejército al nuevo régimen. Mientras, según parece, Hitler tuvo conocimiento de que Hindenburg había concedido audiencia a Papen el 30 de junio, el día de la acción contra las SA. La coincidencia convenció a la cúpula nazi de utilizar la oportunidad para dar un golpe a los conservadores.³⁴ Nervioso y aprensivo, Hitler intentó disipar cualquier sospecha asistiendo a una boda en Essen, desde la cual telefoneó al asistente de Röhm en el hotel de Bad Wiessee donde pasaba las vacaciones para darle la orden de reunir a los dirigentes de las SA en la mañana del 30 de junio. Entonces, Hitler organizó una reunión a toda prisa en Bad Godesberg con Goebbels y Sepp Dietrich, el oficial de las SS al cargo de su guardia de Corps. Actuaría contra Röhm al día siguiente, dijo a un atónito Goebbels, que sólo esperaba una pequeña reprimenda a los reaccionarios y que había permanecido ajeno a toda la operación hasta ese momento.³⁵ A Göring lo enviaron a Berlín para ponerse al frente de la acción en la ciudad. Empezaron a circular rumores, y las SA empezaron a inquietarse. Unos 3.000 camisas pardas tomaron las calles de Munich en la noche del 29 de junio al grito de que aplastarían cualquier intento de traición a su organización y reprimiendo al «líder» del Ejército. Adolf Wagner, el jefe regional de Munich, restauró finalmente la calma; pero se produjeron manifestaciones similares en muchos puntos del país. Cuando Hitler fue informado de los acontecimientos en un vuelo hacia el aeropuerto de Munich a las 4:30 de la madrugada del 30 de junio de 1934, decidió que no se podía esperar a la reunión de líderes de las SA que se produciría ese día y en la que tenía que empezar la purga. No se podía perder ni un minuto.³⁶

III

Hitler y su entorno se dirigieron primero al Ministerio bávaro del Interior, donde se encararon a los líderes de la manifestación parda de la noche anterior en las calles de la ciudad. En un ataque de cólera, les dijo a gritos que serían ejecutados. Luego, les arrancó los galones con sus propias manos. Tras el escar-

miento a los camisas pardas, que fueron conducidos a la prisión de Stadelheim, Hitler reunió a un grupo de guardaespaldas de las SS y policías y partió en una caravana formada por sedanes y descapotables hacia el Hotel Hanselbauer de Bad Wiessee. Acompañado por su chófer jefe Julius Schreck y seguido por un grupo de policías armados, Hitler subió al primer piso. Los camisas pardas todavía dormían la mona de la noche anterior. Erich Kempka, que condujo el coche de Hitler hasta Wiessee, describió lo que pasó a continuación:

Sin percibirse de mi presencia, Hitler entra en la habitación donde se hospeda el dirigente de las SA Heines. Le oigo gritar: «¡Heines, si no te vistes en cinco minutos te pego un tiro en el acto!». Doy unos pasos atrás y un oficial de policía me dice al oído que Heines está en la cama con un camisa parda de dieciocho años. Finalmente, Heines sale de la habitación con un joven muy repeinado que camina a pasos menudos delante de él. «¡Que los lleven a la lavandería!», ordena Schreck. Mientras, Röhm sale de su habitación vestido con un traje azul y con un cigarrillo en la comisura de los labios. Hitler se lo mira con el ceño fruncido pero no dice nada. Dos policías se llevan a Röhm al vestíbulo del hotel, donde se desploma sobre un sillón y pide café al camarero. Me quedo en el pasillo, un poco apartado, y un policía me cuenta cómo ha sido detenido. Hitler ha entrado en su dormitorio, con el látigo en la mano. Detrás suyo, dos policías sostenían sus pistolas con el seguro levantado. «Röhm, estás detenido», le ha escupido. Con la cabeza medio escondida por las almohadas, Röhm se lo ha mirado soñoliento. «*Heil*, mi Führer». «¡Estás detenido!», se ha desgañitado Hitler por segunda vez. Ha girado sobre sus talones y ha dejado la habitación. Mientras, en el pasillo de arriba las cosas se animan mucho. Los jefes de las SA empiezan a salir de sus habitaciones y a ser detenidos. De uno en uno, Hitler les grita: «¿Tienes algo que ver con las maquinaciones de Röhm?». Por supuesto, ninguno de ellos dice que sí, pero les sirve de poco. Hitler ya sabe la respuesta; de vez en cuando se gira hacia Goebbels o Lutze con gesto interrogativo. Y entonces decide: «¡Detenido!».³⁷

Los camisas pardas fueron encerrados en la habitación de la ropa blanca del hotel, y, al cabo de poco, conducidos a Stadelheim. Hitler y su equipo los siguieron de regreso a Munich. Mientras, los líderes pardos que iban llegando a la estación principal de Munich de camino a la reunión prevista eran detenidos por las SS cuando salían de los trenes.³⁸

De nuevo en Munich, Hitler se dirigió al cuartel general del Partido Nazi, acordonado por efectivos del Ejército regular, y habló con violencia de Röhm y la cúpula parda, anunciando su expulsión y su ejecución. «La indisciplina y la desobediencia y los elementos asociales o enfermos» tenían que ser aniquilados. Un camisa parda veterano, Viktor Lutze, que había estado informando

sobre Röhm desde hacía algún tiempo y que había acompañado a Hitler al hotel de Bad Wiessee, sería el nuevo jefe de las SA. Röhm, gritó Hitler, estaba pagado por los franceses; era un traidor y había estado conspirando contra el Estado. Los seguidores que se habían reunido en el lugar para escuchar su diatriba dieron su aprobación a gritos. Servicial como siempre, Rudolf Hess se ofreció voluntario para ejecutar personalmente a los traidores. En privado, Hitler se resistía a enviar a Röhm, uno de sus partidarios más antiguos, a la muerte; finalmente, el 1 de julio le hizo llegar la promesa de que dispondría de un revólver con que suicidarse. Röhm no logró hacer uso de la oportunidad que le daban, y Hitler envió a Stadelheim a Theodor Eicke, el comandante de Dachau, y a otro oficial de las SS del mismo campo. Al entrar en la celda de Röhm, los dos oficiales de las SS le tendieron una Browning cargada y le dijeron que se disparara; si no, regresarían en diez minutos y acabarían la tarea ellos mismos. Al volver a la celda cuando el tiempo expiró, se encontraron a Röhm de pie, miránolos a la cara con el torso desnudo en un gesto dramático pensado para enfatizar su honor y lealtad; sin pronunciar una palabra, le dispararon de inmediato a quemarropa. Hitler también ordenó ejecutar al camisa parda silesio Edmund Heines, que en 1932 había liderado un levantamiento contra el Partido Nazi en Berlín, a los líderes de la manifestación de Munich de la noche anterior, y tres hombres más. Otros camisas pardas fueron enviados al campo de Dachau, donde recibieron palizas de los guardias de las SS. A las seis de la tarde, Hitler voló a Berlín para hacerse cargo de la situación en la capital, donde Hermann Göring había ejecutado las órdenes de modo tan implacable que desmintió su fama de moderado.³⁹

Göring no se había limitado a llevar a cabo la actuación contra los jefes de los camisas pardas. En la oficina de Göring, donde el ministro-presidente de Prusia estaba encerrado con Heydrich y Himmler, se respiraba una atmósfera de «sed de sangre descarada» y un «espíritu de venganza monstruoso», según explicó más tarde un policía que había visto a Göring ordenar el asesinato de las personas que tenía en la lista («disparadles... disparad... disparad en seguida») y sumarse a las risotadas estridentes de sus compañeros cuando llegaban noticias de operaciones que habían terminado con éxito. Caminando a grandes zancadas por la habitación vestido con una camisa larga blanca, botas blancas y pantalones de un gris azulado, Göring ordenó el asalto a la vicecancillería. Lo hicieron una unidad armada de las SS y agentes de la Gestapo, quienes abatieron a tiros al secretario de Papen, Herbert von Bose. El consejero ideológico del vicecanciller, Edgar Jung, detenido el 25 de junio, también recibió un balazo; su cuerpo fue arrojado sin ceremonias en una cuneta. Papen escapó a la muerte; era una pieza demasiado importante como para liquidarla a san-

gre fría. El asesinato de dos de sus más cercanos colaboradores era aviso suficiente. Papen fue puesto bajo arresto domiciliario mientras Hitler decidía qué hacer con él.⁴⁰

Otros pilares de las fuerzas conservadoras no se libraron tan bien como él. El general Von Schleicher, el predecesor de Hitler en la Cancillería del Reich, un hombre que lo consideraba poco adecuado para el cargo, fue asesinado a tiros por las SS en su casa junto con su mujer. No fue el único oficial del Ejército asesinado. El mayor general Kurt von Bredow, de quien se decía que había formulado críticas al régimen en el exterior, fue asesinado en su casa de un disparo mientras se resistía a ser detenido por haber cooperado con la infame conspiración de Röhm, informaron los periódicos. Aparte de muchas otras cosas, estos asesinatos advertían a la cúpula del Ejército de las consecuencias que debería afrontar si no se sometía a los nazis. El antiguo jefe de la policía y líder de Acción Católica, Erich Klausener, ahora funcionario del Ministerio de Transportes, fue abatido por orden de Heydrich para advertir a otro antiguo canciller, Heinrich Brüning, que había sido avisado de la purga que se avecinaba y había abandonado el país. El asesinato de Klausener también dejaba muy claro a los católicos que no se toleraría el resurgimiento de su actividad política independiente. Las afirmaciones posteriores de la jefatura nazi, que pretendía que los hombres asesinados estaban involucrados en la «revuelta» de Röhm, eran pura invención. La mayoría de ellos figuraban en una lista elaborada por Edgar Jung como posibles miembros de un futuro gobierno, aunque o bien no habían dado su consentimiento o bien no sabían nada de ello. Su inclusión en la lista supuso, para la mayoría de ellos, la pena de muerte.⁴¹

Gregor Strasser, el hombre que muchos veían como posible líder del Partido Nazi en un gobierno conservador restaurado, también se convirtió en objetivo. Poco antes de la designación de Hitler como canciller del Reich en enero de 1933, Strasser, jefe de la administración del Partido Nazi y arquitecto de muchas de sus instituciones principales, había dimitido por la negativa de Hitler de entrar en un gobierno de coalición a menos que él mismo fuera nombrado jefe. En esos momentos, Strasser estaba negociando con Schleicher y se rumoreaba que éste le había ofrecido un puesto en su gabinete a finales de 1932. Aunque estaba retirado desde su dimisión, Strasser seguía planteando una amenaza potencial a la jefatura nazi porque era un socio de coalición aceptable para los conservadores. Además, hacía tiempo que era enemigo personal de Himmler y Göring, y mientras formó parte de la cúpula del partido no ahorró críticas hacia ellos. Göring lo detuvo y lo mandó al cuartel general de la policía, donde fue asesinado de un tiro. El amigo y colaborador de Strasser, Paul Schulz,

antiguo oficial de las SA, fue localizado por emisarios de Göring y llevado a un bosque, donde también fue tiroteado; al salir del coche en el lugar escogido para la ejecución, salió a la carrera y consiguió hacerse pasar por muerto cuando le dispararon, aunque sólo estaba ligeramente herido. Consiguió escaparse mientras sus atacantes regresaban al coche a por una manta con que tapar su cuerpo, y más tarde se las arregló para negociar con Hitler en persona su partida al exilio. Otro objetivo que consiguió escapar fue el capitán Ehrhardt, el líder de los Cuerpos Libres en el *putsch* de Kapp de 1920, que había ayudado a Hitler en 1923; cuando la policía entró en su casa consiguió huir y más tarde cruzó la frontera con Austria.⁴²

En Berlín, la «acción» adquirió un tono distinto de los acontecimientos de Munich, donde los líderes de las SA de todo el país se iban a reunir por orden de Hitler. En Munich, el objetivo principal eran las camisas pardas, mientras que en Berlín eran los conservadores. La acción había sido planificada cuidadosamente con anterioridad. El 29 de junio, Ernst Müller, jefe del servicio de seguridad de las SS en Breslau, fue a Berlín para recibir en mano una carta sellada y regresó a casa en un avión privado dispuesto por Göring. En la mañana del 30 de junio, Heydrich le ordenó por teléfono que la abriera; contenía una lista de camisas pardas que debían ser «eliminados», junto con instrucciones de ocupar el cuartel general de la policía y convocar una reunión de los líderes de las SA. También se ordenó la captura de los almacenes de armas de las SA, la ocupación de sus locales y la toma de aeropuertos y emisoras de radio. Siguió las instrucciones al pie de la letra. Antes del atardecer, no sólo se habían llenado las celdas de la policía de Breslau con numerosos camisas pardas desconcertados, sino que tuvieron que ocupar otras dependencias. Heydrich telefoneó a Müller repetidas veces para ordenarle la ejecución de los hombres de la lista que no habían partido todavía hacia Munich. Estos hombres fueron conducidos al cuartel general de las SS, donde les arrancaron los galones, y luego llevados a un bosque cercano, donde fueron ejecutados en plena noche.⁴³

La mañana siguiente todavía se produjeron detenciones y ejecuciones. En medio de un clima generalizado de violencia, Hitler y sus secuaces aprovecharon la ocasión para saldar cuentas y eliminar rivales personales. Algunos eran intocables, especialmente el general Erich Ludendorff, quien había causado bastantes quebraderos de cabeza a la Gestapo con sus campañas de extrema derecha y antimasonería; el héroe de la Primera Guerra Mundial estaba solo; murió apaciblemente el 20 de diciembre de 1937 y recibió los honores del régimen. Pero en Baviera, el antiguo ministro-presidente Gustav Ritter von Kahr, que había desempeñado un papel destacado en el aborto del *putsch* de Hitler en 1923, fue hecho pedazos por hombres

de las SS. El crítico musical Wilhelm Eduard Schmid fue asesinado al ser confundido con Ludwig Schmitt, un antiguo partidario del hermano radical de Gregor Strasser, Otto, que había sido obligado a dimitir del partido a causa de sus puntos de vista revolucionarios y que continuaba su campaña de críticas a Hitler desde la seguridad que le proporcionaba el exilio. El político conservador bávaro Otto Ballerstedt, que había conseguido enviar a Hitler un mes a la prisión de Stadelheim en 1921 por reventar un mitin donde había pronunciado un discurso, fue detenido y ejecutado en Dachau el 1 de julio. Un oficial de las SS, Erich von dem Bach-Zelewski, aprovechó el momento para librarse de un rival, el jefe de la caballería de las SS Anton von Hohberg und Buchwald, que fue muerto a tiros en su propia casa. En Silesia, el jefe regional de las SS Udo von Woyrsch mató de un tiro a un antiguo rival, Emil Sembach, a pesar de que había acordado con Himmler que lo enviaría a Berlín. La violencia también explotó en otra área. En Hirschberg detuvieron a cuatro judíos a los que «dispararon mientras intentaban escapar». El jefe de la liga de veteranos judíos de Glogau fue conducido a un bosque, donde fue asesinado.⁴⁴

A pesar de que estas acciones obedecían a motivaciones personales obvias, los nazis no tardaron en esparcir justificaciones propagandísticas por los asesinatos. Goebbels emitió un largo recuento de la «acción» al día siguiente, alegando que Röhm y Schleicher conspiraban para organizar una «segunda revolución» que hubiera sumido al Reich en el caos. «Todos aquellos que han levantado su puño contra el Führer y su régimen—advirtió, en una generalización que se dirigía a todo tipo de oposición—serán obligados a abrir la mano, si es necesario a la fuerza».⁴⁵ A pesar de ello, Hitler todavía tenía que explicar muchas cosas, sobre todo al Ejército, dos de cuyos oficiales había hecho asesinar durante la purga. En unas palabras dirigidas al gabinete el 3 de julio, Hitler adujo que Röhm estaba conspirando contra él con Schleicher, Gregor Strasser y el gobierno francés desde hacía más de un año. Se había visto obligado a actuar porque existían amenazas de que la trama culminara en un *putsch* el 30 de junio. Si había alguna objeción legal a lo que había hecho, su respuesta era que no era posible procesarlo en semejantes circunstancias. «Si estalla un motín en un barco, el capitán no sólo puede sino que está obligado a aplastarlo inmediatamente». No habría juicio, sino una ley que legalizara retroactivamente lo hecho, respaldada con entusiasmo por el ministro de Justicia del Reich Gurtner. «Su ejemplo es una buena lección para el futuro. Ha reestablecido para siempre la autoridad del Reich».⁴⁶ Goebbels se concentró en garantizar a la prensa que la acción había contado con un fuerte respaldo con el objetivo de tranquilizar a la opinión pública sobre el restableci-

miento del orden. Titulares sensacionalistas manifestaban la gratitud de Blomberg y Hindenburg, mientras que otras noticias recogían «declaraciones de lealtad procedentes de toda Alemania» y «de veneración y admiración por el Führer». En general, los acontecimientos se describieron como una limpieza de elementos peligrosos y degenerados en el movimiento nazi. Algunos dirigentes de los camisas pardas, informó la prensa, habían sido encontrados con «jovencitos», y uno de ellos había sido sorprendido en pleno sueño en «situación muy comprometida».⁴⁷

Cuando se reunió el Reichstag el 13 de julio, Hitler amplió con detalle estas anotaciones en un discurso que se emitió por radio y pudo escucharse a todo volumen en tabernas, bares y plazas a lo largo y ancho del país. Rodeado de hombres de las SS tocados con cascos de acero, expuso a su audiencia una maraña fantástica y muy elaborada de declaraciones y suposiciones acerca de la conspiración para derribar al régimen. En ella estaban implicados cuatro grupos de descontentos: los matones comunistas que se habían infiltrado en las SA, los líderes políticos que no se habían reconciliado con los resultados del 30 de enero de 1933, los elementos desarraigados que creían en la revolución permanente, y «zánganos» de clase alta que llenaban sus vidas vacías con cotilleos, rumores y conspiraciones. Las tentativas previas de reprimir los excesos de las SA habían sido frustradas, ahora era consciente de ello, porque éstos formaban parte de un complot más amplio para subvertir el orden público. Se había visto obligado a actuar al margen de la ley:

Si alguien me reprocha no haber recurrido a la justicia ordinaria para que decidiera, mi única respuesta es ésta: ¡en esa hora, yo era el responsable del destino de la nación alemana y, por ello, el Juez Supremo del pueblo alemán! [...]. Di orden de disparar contra los principales grupos responsables de la traición [...]. La nación debe saber que nadie puede amenazar su existencia—una existencia garantizada por la ley interior y el orden—y escapar sin castigo. Todo el mundo debe saber que a aquel que levante la mano contra el Estado, le espera una muerte segura.⁴⁸

La confesión abierta de la ilegalidad absoluta en términos formales de su acción no recibió ninguna crítica de las autoridades judiciales. Al contrario, el Reichstag aplaudió la justificación de Hitler con entusiasmo y aprobó una resolución de agradecimiento. El secretario de Estado Meissner le envió un telegrama en nombre del presidente enfermo Hindenburg dándole su aprobación. Pronto se aprobó una ley que daba cobertura legal a la acción con efectos retroactivos.⁴⁹

Algunos agentes socialdemócratas informaron de que, en un primer momento, los acontecimientos habían creado una confusión considerable

entre la población. Aquellos que criticaban la acción abiertamente eran detenidos de inmediato. La prensa informó de que la policía había hecho pública una «seria advertencia a los elementos subversivos y a los agitadores». «Amenaza de campo de concentración» para «los propaladores de rumores y los que insulten y calumnien al movimiento y a su Führer». La ola de represión, que a principios de agosto todavía continuaba, dejó a la población una sensación de miedo al futuro, de temor a ser objeto de una detención. Muchos sospechaban que en los acontecimientos del 30 de junio habían pasado más cosas de las que se sabían, y las autoridades de la policía local informaron sobre la expansión de una atmósfera de rumores y especulaciones, «protestas» y «críticas». En un memorando interno, el Ministerio de Propaganda señaló con alarma la «circulación de un sinnúmero de rumores disparatados». La campaña de prensa que se orquestó a continuación no pudo contener tales sentimientos. Las divisiones que el conflicto puso de relieve provocaron que los antiguos socialdemócratas y nacionalistas se sintieran optimistas sobre «el cercano final de Hitler». ⁵⁰ De todas formas, la mayoría de la gente se sentía aliviada porque Hitler había actuado al fin contra los «espadones pardos» y porque las calles, según parecía, se habían librado de los excesos y desórdenes de los camisas pardas borrachos. ⁵¹

Una reacción habitual fue la de la maestra de escuela de Hamburgo Luise Solmitz, que vivió con entusiasmo la formación del gabinete de coalición y el Día de Potsdam de 1933 («¡ese día tan bello, grande e inolvidable para Alemania!»), pero que empezó a preocuparse por las posibles tendencias socialistas del régimen cuando comenzó a confiscar las propiedades de judíos emigrados como Albert Einstein («No deberían hacerlo. No se puede confundir el concepto de propiedad; es bolchevismo sin bolchevismo»). Como muchos otros, Solmitz describió el 30 de junio de 1934 como «el día que desbarató nuestros sentimientos más íntimos». A medias convencida de las «transgresiones morales» de algunos de los hombres asesinados («una desgracia para toda Alemania»), pasaba las horas intercambiando rumores con los amigos y escuchando la radio sin aliento en casa de una amiga para conocer las últimas noticias. Pero cuando empezaron a saberse los detalles, se sintió llena de admiración por la conducta de Hitler. «El coraje individual, la decisión y la efectividad que demostró en Munich son únicos». Le comparó con Federico el Grande de Prusia y con Napoleón. El hecho que, según apuntó, «no hubo juicios militares sumarísimos» sólo hacía crecer su admiración. Estaba absolutamente convencida de que Röhm había planeado un levantamiento con Schleicher.

Ésta había sido la última de las muchas aventuras políticas poco fiables del antiguo canciller, apuntó Luise Solmitz. Su credulidad y su alivio eran

típicos de la mayoría de los alemanes de clase media tras la confusión del primer momento. Habían dado su apoyo a Hitler porque a mediados de 1933 había restablecido el orden en las calles y la estabilidad en la escena política, y ahora lo había conseguido una segunda vez. El día después de la acción, las masas se reunieron enfrente de la Cancillería del Reich y el Ministerio de Propaganda cantando el himno de Horst Wessel y proclamando su lealtad al Führer, aunque no se puede determinar si lo hicieron motivados por el entusiasmo, el nerviosismo o la sensación de alivio. Era comúnmente aceptado que la posición de Hitler se había visto fortalecida por su rapidez y decisión. En las mentes de muchos, ello contrastaba más que antes con la radicalidad y desorden del partido.⁵² Algunos, como el antiguo socialdemócrata Jochen Klepper, estaban conmocionados por el asesinato de la esposa de Schleicher, que no podía ser sospechosa de nada.⁵³ Sólo los más hostiles comentaron con amargura que el único inconveniente de la purga era que se había ejecutado a demasiados pocos nazis.⁵⁴

Las dimensiones de la purga habían sido considerables. Hitler en persona dijo en el Reichstag el 13 de julio de 1934 que se había matado a 74 personas, mientras que Göring había detenido él solo a más de mil personas. Se sabe que como mínimo 85 personas fueron asesinadas sumariamente sin haber sido sometidas a procedimiento legal alguno.⁵⁵ Doce de los muertos eran diputados del Reichstag. La mayoría de líderes de las SA y sus hombres no sospechaban nada; en efecto, muchos de ellos fueron a la muerte en la creencia de que su detención y ejecución había sido ordenada por el Ejército y jurando lealtad eterna al «Führer». En los días y semanas siguientes, prosiguieron las detenciones y destituciones, en particular de los elementos más camorristas y corruptos de los camisas pardas. El alcoholismo, la homosexualidad, la malversación, el comportamiento desenfrenado, todo lo que había proporcionado notoriedad pública a los camisas pardas en los meses precedentes, fue purgado de forma implacable. Los alborotos regados con alcohol que caracterizaban a los miembros de las SA continuaron, pero a una escala menos peligrosa que en los meses anteriores al 30 de junio de 1934. Desilusionados, sin un papel determinado e incapaces de hacer valer sus derechos, los camisas pardas empezaron a abandonar la organización en masa—100.000 hombres sólo entre agosto y septiembre—. De unos efectivos de 2,9 millones de hombres en agosto de 1934, las SA pasaron a tener 1,6 millones en octubre de 1935 y 1,2 millones en abril de 1938. Los requisitos de ingreso pasaron a ser muy estrictos, y las cuotas impuestas limitaron el reclutamiento. El descenso del desempleo y, desde 1935, la introducción del servicio militar obligatorio, apartaron a muchos de los jóvenes que de otro modo se hubieran alistado.⁵⁶